CRIONISMO

Rafael Castelman

* * *

El extraño título merece una explicación para el profano, pese a que el método empieza a ser empleado frecuentemente y el término conocido por los hombres de ciencia. Es un nuevo matiz del esnobismo, que busca la utopía de la inmortalidad como el mosquito la luz, y que el físico Robert C.W. Ettinger define así: «La tesis se basa en un hecho sencillo: en opinión de los expertos, si un cuerpo es congelado inmediatamente después de la «muerte clínica» y conservado a la temperatura del nitrógeno líquido (320 grados Fahrenheit bajo cero), no se producirá virtualmente ninguna nueva deterioración por tiempo indefinido».

Tal preámbulo es necesario para mejor comprensión del lector de los hechos que me han sucedido, de los que he sido testigo y víctima y que me han llevado al estado en que me encuentro.

Condenado a muerte. Puedo afirmar bajo juramento que no me hace temblar el menor asomo de pavor viéndome en tales circunstancias. No me he aferrado a necedades tales como observar los dibujos caprichosos del humo de mis cigarrillos. (Bueno, míos no, del guardián, que se empeña en tenerme lástima y en mantener una postura benévola francamente ridícula. Me recuerda al practicante que me daba caramelos cuando me dejaba poner la inyección sin llorar. El no me da caramelos: me da tabaco y me mira con los ojos húmedos de perro pachón) Tampoco he creado figuras geométricas imaginarias en los baldosines que adornan la celda, ni me ha preocupado el desplazamiento de las sombras que en la pared provoca el enrejado cuando amanece, o cuando el sol oculta la cabeza bajo su almohada de nubes algodonosas y cobrizas.

Porque desde la celda se ve el campo, infestado de gente que sufre, padece y sobrevive buscando bellezas inexistentes e imaginando utopías. Y a veces me pregunto: «¿A quién separa la reja de quién?»

La muerte de un hombre es breve y desagradable, como el sonido del mecanismo de limpieza de un W.C. Pero, más que nada, es breve. Infinitamente efímera. La vida es una cadena, un dédalo de porqués y de dudas; una erosión mental continua y una invisible lija que merma toda facultad a base de días.

No tengo miedo, no. Una vez despojado brutalmente de la belleza de Greta-Li, una vez deshecho moralmente al no poder contemplar su silueta ni disfrutar de su aliento ni de sus caricias, todo lo que signifique sufrimiento pierde sentido y fuerza coactiva desde su punto de vista físico. Quien haya amado profundamente, hasta el padecimiento cerebral, estará de acuerdo conmigo en que la privación del ser querido convierte la existencia en un hondo

volcán en erupción a cuyo lado las amenazas, los malos tratos y las torturas disciplinarias corporales pierden su carácter terrorífico y hasta llegan, por comparación, a parecerse caricias.

En principio, la culpa fue del capitán Baarn, un viejo marino con quien había trabado una amistad imperceptible. O sea, de las mejores. Baarn era condescendiente, mesurado, mareante de garantía y pirata eficaz. Sus tráficos de coral y algas especiales para productos químicos rozaban el esclavismo, ya que explotaba a los buceadores nativos del trópico pagándoles jornales míseros y contemplando con la mayor de las beatitudes cómo aquella pobre gente se quemaba los pulmones para engrosar su bolsillo y el de los armadores. Pero está escrito en la Biblia que sin malicia no hay pecado, y en el de Baarn no lo había: para él, todo individuo de piel oscura capaz de resistir determinado número de segundos bajo el agua era susceptible de ser explotado, ya que sonreía al emerger. «Si sonrío, es que no sufro», se decía. Y su conciencia subsistía en una perpetua y estólida vacación.

A Baarn le molestaban mi oscurantismo, mi retraimiento y mi condición huraña. No concebía el encierro entre paredes que no fuesen las de un camarote. Necesitaba tener el mar junto a sí, frente a su mirada. Las olas, las mareas y la espuma le liberaban segundo a segundo en imperceptible tictac. Para él, yo era un loco, un trasnochado, un psicópata capaz de vivir entre libros y colecciones sin más compañía que la de mi criado-valet-cocinero Svensky.

Svensky merece párrafo aparte. Era un polaco manco a quien recogí y saqué casi en volandas del vagabundeo y el delito sistemático cuando medraba en los barrios de Glinka recogiendo colillas y exhibiendo su muñón para mendigar y obtener algo de calderilla: la suficiente para emborracharse. Nuestro encuentro merece la pena transcribirse, por lo humano y por lo sincero.

- ¡Caridad para un pobre mutilado, caridad! - había musitado, remangándose la sucia camisa de sarga y poniéndose bajo las narices la cara grotesca de su miembro amputado sobre el codo.

- ¿Es de la guerra, buen hombre?

- No señor. Es un corte de mangas del destino - no trataba de hacerse el gracioso; hablaba con perfecta seriedad.

- Toma esta guinea, buen hombre - aflojé la bolsa, sintiéndome caritativo -; con ella podrás comer un par de días.

- No comeré con esa guinea, señor - me dijo, tomándola con presteza con su única y ágil mano.

- ¿Que no? ¡Pues no esperes que te dé más!

- No lo espero, señor. El señor ya ha sido bastante amable y generoso. Pero no comeré con la guinea que me ha dado...

- ¡Con ella podría comer un regimiento!

- Sí; no lo dudo. Pero yo no comeré con la guinea del señor. Me emborracharé como un piojo y soñaré con Banek, el sargento que violaba a las mujeres sin quitarse el cigarro de la boca; y con el viejo Boris, que sigue convencido de que va a pescar algo, si no se ha muerto todavía de tanto mirar al agua. Y creeré entonces que las estrellas se comen, y me las comeré...

Le llevé a casa y le puse una semana a prueba. Sólo me robaba el vino y el licor que caía en sus manos, pero por lo demás era puntual, insobornable y devoto de su patrón. Borracho o no, cumplía mis órdenes a rajatabla. Hablaba poco y no se tomaba confianzas. A fin de semana le concedía un día de fiesta y un sueldo, y medio lunes para que pudiese recuperarse de la talanquera, cosa que hacía con rara habilidad cogiendo otra nada más despertarse.

Cuando Baarn se empeñó en hacerme cambiar de vida, Svensky llevaba tres años a mi servicio. Su estatura, sus ojos rojizos y vivos y su pelo de estopa impresionaban al marino, que le tenía cierta sorda aversión y quién sabe si algo de temor intuitivo.

- ¿Por qué sigues teniendo a ese parásito en casa? - solía preguntarme.

- No es un parásito. Habla poco o nada, trabaja y no se mete en lo que no le importa. Si le hubiese dejado en los muelles, habría acabado despanzurrando prójimos por tres o cuatro céntimos. Le he rehabilitado y me es útil. ¿Qué más quieres?

- No sé... Tiene algo... Hablando claro: no me cae bien.

Un día que el capitán había venido a cenar a casa, llegado el momento ritual de los habanos, me preguntó después de apagar la cerilla, frunciendo el ceño sobre sus ojillos claros enterrados entre arrugas:

- ¿Por qué no te casas?

- ¿Con quién? - me eché a reír a carcajadas -. ¡Soy un gruñón solitario y no de muy buen ver...! ¡Es difícil aguantarme, a menos que se sea un taciturno apático como Svensky! Además, aún no he encontrado mi tipo, mi ánfora platónica perfecta... todavía no la tengo siquiera bien definida en mi subconsciente. Y, ya que tocamos el tema, ¿por qué no te casas tú?

- Lo hago - rió de medio lado Baarn -. Lugar donde fondeo, matrimonio al canto. Lo de la novia en cada puerto, como todos los tópicos, es una verdad como un templo. Y como no soy muy exigente...

- Ya. Pura función fisiológica.

- Llamémoslo ritual. No centro mi vida en ello: hay cosas más trascendentes...

Quedamos unos segundos en silencio, fumando, y mirando el chisporroteo de las llamas. El marino habló el primero:

- Te propongo algo que te sentará bien. Embárcate conmigo. Un viaje al trópico es lo que está pidiendo a gritos ese color de pergamino cadavérico que se te ha puesto... Zarpo pasado mañana. Un asuntillo de coral y algas, como siempre. Tengo sitio de obra, el paisaje merece la pena y -me guiñó un ojo cómplice- las nativas...

Lo pensé un rato. La idea no estaba mal... no estaba mal del todo... Las cuatro paredes sobraban. Todos los libros, los papeles y las elucubraciones, también.

Me veía ya con el torso desnudo, con mi barca fondeada en una playa de arena finísima, recogiendo conchas y robinsoneando a mis anchas. ¡Libertad de cuerpo y espíritu!

En cierto modo, Baarn tenía razón: debía salir de mi caparazón de misantropía por un mes o dos.

- ¡Acepto! - me decidí -. ¡Quién sabe si allí está enterrada mi ánfora platónico!

Nunca pude sospechar la verdad tan alucinante que se escondía tras la aparente intrascendencia de mi broma.

Llamé a Svensky y le pedí que trajera la botella de «scotch» de las grandes ocasiones. Cuando la puso sobre la mesa, observé que el nivel había bajado considerablemente desde la última solemnidad, y que los claros ojos del polaco manco brillaban de forma insólita, como zafiros recién extraídos de la roca de su tez cuarteada.

No dije nada: la proposición de Baarn me había puesto de buen humor, con un estado de ánimo que rozaba la euforia, y hasta olvidé que tenía que estar disgustado por el último que había sufrido.

Bibliómano y papirómano impenitente, coleccionaba todos los infolios que caían bajo mi vista, y, días atrás, hurgando en los tenderetes de los libreros de viejo, hallé unos textos autógrafos de Voltaire en un establecimiento.

Por extraña coincidencia, al hojearlos cayó al suelo una partitura. El propietario de la librería, un húngaro con aspecto de profeta románico que se parecía a Marx, la recogió, miró y remiró.

- Lo siento, señor, pero me quedo con este incunable. No lo incluyo en el precio de los papeles que se lleva - me dijo.

- ¿Por qué no? - me extrañé.

- Es una sola hoja, pero vale mucho. Es una partitura autógrafa de Brahms... Dieciocho o veinte compases... tal vez un capricho, una inspiración momentánea del compositor... El caso es que su firma figura al final de la melodía, ello es indudable... Me la quedará para mi colección particular. Este trozo de papel amarillento tiene un valor incalculable, y, como tal, lo guardaré para mí. Lo crea usted o no, señor, a veces quienes vendemos documentos antiguos sufrimos tanto o más que ustedes al despojarnos de ellos.

»Sé perfectamente que la bibliomanía posee caracteres patológicos, como la filatelia y, si usted me permite, el fútbol... No: no venderé esta partitura... Sé que a usted le duele no llevársela, señor, pero póngase en mi caso, porque puede hacerlo al compartir mi devoción por los documentos antiguos. Ahora hay maníacos para todos los gustos -rió, si reír puede llamársele a enseñar unas encías almenadas de dientes verduscos- sin ir más lejos, la gente puja por la banqueta que ocupó en prisión el general Salan, por el orinal que utilizó el «Ché» en su último cuartel general y por un quiste de ostra, llamado perla, más o menos grave. Hay individuos cuyo preocupación más importante es el lugar donde se encuentra un sello con el águila imperial cabeza abajo... Somos fetichistas natos y no podemos evitarlo...

Mi enfermedad de coleccionista aumentó en diez grados de fiebre. Quería aquella partitura fuere como fuere, y, después de mucho insistir y ofrecer un precio que me dejaba prácticamente sin saldo, llegamos a un acuerdo y el comerciante cedió, aceptando el cheque con expresión compungida.

Llegué a casa frotándome las manos de satisfacción, creando mentalmente el instante en que mi compañero y antagonista bibliómano Phipps, un inglés escueto y ponderado, palidecería o se ruborizaría de envidia al ver tal joya en mi poder.

Pero no ocurrió así. Phipps, al observar los documentos de lejos y sin tocarlos siquiera, me dijo con una sonrisa de triunfo en los labios el día que le invité a tomar café y a que cogiera un berrinche:

- Te han dado el timo del húngaro a ti también. Ya van cinco... Tiene éxito, el sinvergüenza ése. Y es un gran actor...

- ¿Qué actor?

- ¿Te los ha vendido un húngaro barbudo y melencólico con una perpetua y exasperante expresión apologetica? - inquirió el inglés.

- Sí. Tu descripción responde al aspecto apostólico del librero - a pedante Phipps no me gana.

- Pues desde aquí, a dos metros de distancia - meneó la cabeza mi amigo - puedo afirmar que son más falsos que mi dentadura. Los he visto sucesivamente en casa de Oswald, de Fernández y de Nguyen Vo Chi...

Estos tres últimos eran unos conocidos anticuarios, fanáticos como nosotros.

- El húngaro - prosiguió Phipps - es un judío que se llama Buhrer. Fue actor. No sé si se retiró o si le retiraron porque se drogaba con frecuencia. El caso es que se dedicó, con métodos desconocidos, a falsificar incunables con indudable pericia. Siempre suelta el cuento de que no quiere vender porque para él significan en la vida algo más importante que los hijos... Tiene dos modelos favoritos: un ensayo de Voltaire y una partitura de Brahms. Y, como a los otros tres incautos, te los ha vendido... Lo siento, Dodss, lo siento...

- ¡Mañana le mato! ¡Le mando a la policía y hago que le enchironen! - rugí, pegando un puñetazo en la mesa.

- Mañana - sorbió un whisky Phipps con parsimonia - Buhrer estará en Belgrado, en Nueva Orleans, en las Bahamas o en Nueva Delhi. Tiene ahorros suficientes para cazar a otro inexperto - fingí no darme por aludido - y vivir de las rentas hasta fabricar otros documentos «auténticos»... A estas horas, la tienda está cerrada o realquilada... Lo siento, Dodss, puedes creerme...

Le conté todo el asunto al marino, que no podía evitar reír a carcajadas.

- Un día - me dijo, limpiándose las lágrimas y sonándose con un enorme pañuelo de hierbas - tus papelotes te arruinarán. O te volverás loco... Hay gente que afirma que los coleccionistas son tipos capaces de matar a su madre por una hoja de diez centímetros cuyo contenido no entienden.

Tuve ocasión de devolver la pelota, y no la desperdiicé.

- Creo que corría el año cincuenta y tres - murmuré despacio con intención - cuando a un cierto capitán Baarn le fue dado gato por liebre en un asunto de perlas falsas. El culpable era un chaval de trece años, natural de Tiga Bee, analfabeto y aferrado a la convicción de que no existía en su dialecto la traducción de la palabra civilizada «ropa»...

Se dibujó un breve rayo de cólera en la mirada del marido, que enrojeció hasta la raíz del pelo y optó por echar otro lingotazo.

En aquel momento, Svensky, vacilante y silencioso, cruzó la estancia. Recordé lo de los manuscritos falsos y, con hondo sentido de la ética y del pudor profesionales, desprecié a Oswald, a Fernández y a Nguyen Vo Chi, que habían revendido las falsificaciones del histriónico y pícaro Buhrer, y decidí que las que estaban en mi poder deberían ser destruidas para siempre.

- Svensky - llamé.

- Diga, señor.

- En la mesa del estudio hay unos papeles. Recógelos luego y quémalos...

- Lo haré, señor. Ahora tengo que fregar los cubiertos...

Svensky se apañaba con su única mano para toda clase de labores domésticas.

- No corre prisa. Cuando puedas.

- Bien, señor.

Yo sabía perfectamente que, entre plato y plato fregado y secado, Svensky le iba a conceder cariñosos besos a Baco. Pero aquella noche no me importaba. Soñaba despierto con el crucero y con los horizontes del trópico.

Mi criado se retiraba, y le detuve, saliendo de mi ensimismamiento.

- ¡Ah, Svensky! - le dije -. Prepara el equipaje. Pasado mañana salimos de viaje.

Svensky dudó un rato, y después me miró humildemente:

- ¿El mío también, señor? - inquirió.

No hice caso de la expresión del marino, que había hincado las cejas en los párpados y repuse, jovial:

- El tuyo también, naturalmente.

Durante el viaje, el libro de bitácora no tuvo nada trascendente que incluir. Baarn hacía cálculos en su camarote privilegiado, yo miraba la geología líquida de la alta mar y Svensky salía poco o nada a cubierta. Cuando, de tarde en tarde, lo hacía, iba vacilante hacia la popa y apoyaba su único brazo en la barandilla. El cierzo marino le revolvía aún más el pelo y le simbolizaba. ¿En qué pensaría?

Yo no me atrevía a molestarle. Le dejaba a solas con su intimidad y con su pasado, no muy halagüeño según se podía deducir por su expresión ausente y hermética.

La tripulación se portaba bien y era experta. Lo que más impresionaba del buque era el silencio con que se llevaban a cabo las tareas. Cada uno de los marineros parecía haberse hincado un puñal de mutismo o haber acometido una tácita penitencia de ensimismamiento. Sólo se oían frases rutinarias de labor.

Yo me decía que, ya que hemos aceptado que el cuerpo sea complejo en sus microorganismos, debemos resignarnos a que el alma sea más complicada. Aquella gente llevaba tanto tiempo trabajando junta que sólo tenía

que decirse cosas a sí mismo, en la soledad de un camarote, donde los otros roncan o sueñan imposibles.

Fondeamos cerca de Borneo, en el miniarchipiélago de Awapes-Tunga. Mientras el capitán llevaba a cabo sus transacciones y sus contratas con los indígenas, yo fui descubriendo poco a poco todos y cada uno de los arrecifes madreporicos, de silueta de monstruo mítico. Había playas de arena suave, palmeras que se hacían reverencias al soplo de una brisa cálida, y horizontes mellados por la roca viva vestida con encaje de ola. Allí disfrutaba observando, pensando, o simplemente primirizándome. Tenía un bote a mi disposición y una libertad infinita. Baarn sonreía a la hora de la comida, viéndome aparecer sano, bronceado y alegre. El flete transcurría fructífero, ya que la cosecha no era desdeñable, y ello le alegraba aún más. A veces desaparecía unas horas, y si yo preguntaba por él a un marinero, éste se encogía de hombros y silueteaba el aire en expresivo gesto.

Otro fugaz matrimonio.

Svensky se había negado a pisar tierra. Le tenía auténtico pavor a los inocentes awapestungueños. Sin embargo, se había hecho amigo del alma de un maquinista brasileño poseedor de una hermosísima pata de palo de bandido decimonónico y de una colección de garrafas de auténtico ron jamaicano.

Era pintoresco verles charlar a proa, sentados en sendos rollos de cuerda y con el ron como testigo. Un cojo y un manco mano a mano. ¿Qué se contarían?

Al atardecer, cuando yo volvía de mis excursiones, veía a mi mayordomo polaco un tanto alegre y sin firmeza en los pies, aunque no por ello mi camarote dejase de estar barrido, mis libros ordenados y sin polvo, y mis trajes -inútiles allí- cepillados. Svensky me era fiel y me tenía auténtica devoción. Por eso me era imposible reñirle cuando empinaba el codo en demasía.

Era, al fin y al cabo, el único codo que le quedaba.

Un día abandonó su ligera misantropía y me sonrió, ruborizándose: me traía una botella del infernal líquido embarcado por el brasileño. Tartamudeaba cuando me explicó a trompicones, cabizbajo:

- El brasileño... amigo. Me ha dicho que usted... señor, a lo mejor querría... Es bueno. Muy bueno.

- ¿Quién? ¿El ron o el marinero?

- Los dos, señor, los dos - rió ya francamente -. Le ruego que acepte...

- Está bien - condescendí -: pero a condición de que brindes conmigo.

- Si el señor me lo permite... - se apresuró a limpiar dos copas.

Brindamos. La verdad es que no sabía mal del todo. Pero, bajo aquellas temperaturas, la dosis que se tragaban a diario ambos impedidos tenían que ser, forzosamente, veneno. Sin embargo, aguantaban con singular estoicismo la intoxicación y había que ser muy observador o médico para adivinar cuando estaban borrachos o no. Yo creo que lo estaban siempre.

Me alegró el comprobar que el viaje le había sentado bien al polaco. Ya no era la sombra huidiza de antes, y la amistad con el otro mutilado le había devuelto cierta condición humana de la que antes carecía. Mi labor de rehabilitación cobraba forma con aquel último toque, lo cual no era óbice para que el capitán siguiera diciendo:

- No sé lo que tiene... No puedo explicarlo... Pero no me cae bien.

Todo empezó, como todas las grandes tragedias, por un asunto nimio. En uno de mis paseos por las rocas y la playa, hallé una serie de moluscos extraños que me llamaron la atención. Eran un poco menos oblongos que los mejillones y de color mucho más claro, de un tono gris plumizo.

Cogí un puñado de ellos y los eché al fondo del bote. Después seguí con mis carreras, mis paseos de cachorro recién desencadenado y mis baños. Cuando volví a bordo, busqué a Baarn -aquel día soltero- y le enseñé las conchas.

- ¿Qué son? - le pregunté.

El marino arqueó las cejas, se frotó las manos y me dijo en un tono parecido al del minero que grita: ¡«Diamantes»!

- ¡Potangs! ¡Se me había olvidado que era la época!

- Me parece muy bien - insistí -; pero ¿qué son?

Relamióse el capitán en histriónico gesto y gritó, mirando al cielo como poniéndole de testigo:

- «¡bocatto di cardinalli!»

- ¿Se comen?

Rió Baarn y dijo:

- ¿Te gusta el marisco crudo?

- Sí.

- Pues esto que has traído es infinitamente más fino que la ostra de Arcachon ¡Potangs! No... no pongas cara de duda. En cuanto el cocinero las limpie y prepare con un poco de limón lo vas a comprobar. ¡Es algo exquisito

que asquea a los estúpidos habitantes de los islotes que tenemos como panorama!

Requirió al pinche y encargó lo necesario, no sin incluir en ello una botella de vino blanco seco belga que tenía en la reserva.

No exageraba. Era un bocado delicioso.

- Traeré todos los días «potangs» - propuse a los postres.

- Vas a hacer una cosa - respondió -: mañana le pides una pala a los marineros y remueves la arena cerca de las rocas. Las mejores se esconden bajo tierra. Llenarás con facilidad un par de sacos y la tripulación te lo agradecerá. Hoy ponían cara de envidia...

Al día siguiente, antes de ir a tierra, conseguí una pala. Las circunstancias se iban encadenando por detalles fútiles y el destino, en su invisible trono, sonreía cínicamente, porque ya intuía el final de la historia.

Svensky no se había emborrachado aquel día, y me dio unas buenas noches secas y funcionales.

Tenía ya lleno un saco de «potangs» y me preparaba para empezar con el segundo cuando apareció el documento.

A la segunda o tercera paletada.

Estaba envuelto en algo que parecía hule o tela impregnada de brea. No me fue difícil romper el bramante podrido que ataba el paquete, ni descifrar las primeras líneas, escritas en inglés, en francés y en sueco o noruego. El texto inicial rezaba:

PARA QUIEN LO ENCUENTRE.

Guardé los manuscritos entre la camiseta y la piel, y, feliz por el hallazgo, llené otro saco de mariscos, conteniendo mi impaciencia con un tanto de íntimo masoquismo intelectual.

A mediodía bogueé con ímpetu. Esperaba la hora del cigarro, la hora en que descifraría en mi camarote, a solas, los textos que había encontrado por casualidad: los documentos constituirían mi perdición.

Preferí no decirle nada a Baarn. Su carácter era supersticioso y burlón y, o se enfadaría conmigo, o me gastarían una de sus chanzas. Quería que el

contenido de aquel hule fuese una cosa perfectamente propia e íntima. Siempre me ha gustado lo novelesco, e intuía que lo allí escrito podía ser de inconcebible trascendencia. El primer texto que elegí fue el francés, que es el idioma que mejor domino. La letra era picuda, un poco vencida hacia adelante, detalles que la grafología afirma ser propios de personas voluntariosas y tenaces. Lo cuidado del trazo y los adornos fantasiosos denunciaban un estudio fuera de lo común; clerical o filosófico.

No me costó gran trabajo leer el viejo texto. Y, cuando aquel día salí del camarote, iba como ebrio de alegría. No me había equivocado. El hallazgo era de una importancia máxima, y, si no era la broma de un lunático estúpido de tiempos lejanos o el capricho de un hombre que gustase de jugar con el futuro, se realizaría en aquella isla perdida uno de los mayores y sensacionales experimentos científicos del siglo.

Y yo, triste y solitario aficionado a las antigüedades, llegaría a ser célebre.

Hallé a Baarn ocupado en sus corales. Los examinaba trozo a trozo, con mirada experta. Unas antiparras anticuadas le colgaban sobre su nariz gruesa y eternamente moqueante.

Sobre una mesa cercana a su tablero de estudio yacían los ataúdes de varios «potangs». Una pequeña botella semivacia de vino blanco les presentaba armas.

- ¿Qué hay? - seguía ensimismado en sus pedruscos marinos, como un relojero.

- ¿Dónde puedo hallar al médico de a bordo - le pregunté. Se volvió, me miró extrañado y se quitó las ridículas gafas. Hizo una pausa y me observó antes de hablar.

- ¿Te pasa algo? ¿Te sientes mal?

La verdad es que mi aspecto había cambiado. Tenía expresión preocupada y mi gesto era muy diferente al alegre que mantuve hasta que fondeamos. Sentía un sudor frío por la espalda, y, al mirarme de reojo en el espejo, noté que mis ojos tenían un brillo febril.

- No me pasa nada... nada patológico. Me encuentro bien... El caso es que quiero consultar un asunto importante que sólo un médico puede descifrar... Un simple descubrimiento fortuito. Ya te lo comunicaré a tiempo. Sigue tranquilo con tu trabajo. Te diré los resultados cuando sea necesario; pero, por ahora, sólo el doctor puede ayudarme.

- Quedamos - me miró enfadado Baarn - en que venías a descansar y a dejarte de investigaciones y papeles.

- ¡Y a encontrar mi ánfora platónico! - añadí -. ¡Mándame en seguida al matasanos!

El marino se encogió de hombros y dio una orden por teléfono. Yo volví al camarote, dejándole ensimismado con su mercancía.

Yo le había visto un par de veces al doctor. Era joven, delgaducho y sueco, con un cierto aspecto de seminarista arrepentido. Odiaba tres cosas: el trópico, el calor y la conversación. Se le notaba que se aburría solemnemente en aquel puesto. Apenas salía de su camarote. Silencioso como un lagarto, las pocas veces que lo hacía, paseaba por cubierta con un libro de divulgación científica en las manos, como un clérigo que arrastra las zapatillas por el claustro embebido en su misal.

Llamó a la puerta de mi cuarto y la entornó. Su flequillo lacio le caía hasta los ojos. Una voz de bajo solemne inquirió:

- ¿Puedo serle útil?

- Sí. Más de lo que usted cree. Pase y siéntese.

Llevaba bajo el brazo su cartera profesional. Lo observé y le dije:

- Deje eso por ahí. No es necesario. No estoy enfermo.

- ¿Entonces?

- Haga el favor de sentarse y escucharme.

Así lo hizo. Suspiré, me rasqué la cabeza y decidí exponer la cuestión de forma escueta.

- ¿Ha oído usted hablar de crionismo? ¿De los cadáveres conservados incorruptos por medio de un tratamiento inmediato a la muerte clínica?

Svensky entró entonces. Su única mano sostenía un paquete de ropa interior limpia. Parecía más taciturno que nunca.

- Svensky - le llamé mientras colocaba lo que traía en el armario -, haz el favor de traer un poco del líquido infernal de tu amigo brasileño.

El doctor se había repantingado en un butacón. Con la frente vencida, el rebelde flequillo le tapaba casi todo el puño. Pensaba. No era hombre de reacción inmediata.

Mi criado no tardó en aparecer con una bandeja, dos copas y una botella. Bjorn -así se llamaba el sueco- parecía una estatua. Sólo se movió para asir la copa que Svensky le ofrecía. Pero apático como un sonámbulo. Yo le dejé recapacitar. La ciencia, puedo afirmarlo, no es una cuestión de velocidad, y los suecos no son chapuceros como los meridionales.

- Sí; el crionismo - reaccionó al fin -. Se ha puesto de moda últimamente en los medios de economía privilegiada. Su fin es el siguiente: conservar el cuerpo muerto por una enfermedad maligna hasta que se descubre el tratamiento adecuado un año, medio siglo o tres siglos más adelante. Si se pone el cadáver a la temperatura del nitrógeno líquido y se le introduce en una cápsula, envuelto en papel metálico, en no se produce prácticamente daño alguno a la carne recién fallecida.

- O sea - interviene - que hay posibilidades de que se produzca una... digamos... resurrección.

- Exactamente.

- ¿Hay muchas probabilidades de éxito?

- Hombre - meneó la cabeza el sueco -: yo soy un inexperto, pero no he llegado a tanto. Ahora, si quiere que le diga mi opinión, creo que sí, que es factible; sobre todo si el cuerpo es joven.

Exhibí mis documentos triunfalmente y le dije al médico:

- Pues bien: en la isla hay un cuerpo crionizado desde 1802. Estos manuscritos lo justifican, así como el mapa adjunto.

La sonrisa incrédula del sueco, tal vez la tercera de su vida, acompañó a sus palabras:

- ¡Eso es imposible! ¡En aquella época no había medios, y ahora el método está aún en plena adolescencia!

- El método, tal vez distinto al de ahora - argüí -, pero no por ello menos eficaz, se ha realizado en estas latitudes hace más de un siglo. Un compatriota suyo halló lo que él llama «fórmula de la existencia». Son unos extraños caracteres: puntos, rayas y signos, dispuestos en forma similar a un pentagrama, aunque son más líneas. Pero que lo mejor es que examine usted por su cuenta el incunable y llegue a una conclusión. Está escrito en inglés, en francés y en sueco o noruego. Esto último lo he deducido por la abundancia de diéresis.

Tomó el doctor los pergaminos y leyó lo siguiente:

«Hoy, infortunado día 15 de abril de 1802, tengo la dicha de llegar al término de mis investigaciones sobre la prolongación de la vida con mi «fórmula de la existencia», que conserva incorrupto el cuerpo a quien corresponde. Tengo también el inmenso dolor de emplear su técnica por primera vez en el cadáver de mi adorada hija Greta-Li. Una pulmonía traidora e incurable me la arrebató, con sus dieciocho años apenas cumplidos.

»No he tardado ni cinco minutos en redactar los signos biológicos que constituyen su alma. Y he querido enterrarlos en la playa que ella tanto amó

para que si algún día alguien fondea en este archipiélago con medios medicinales más avanzados, tenga a bien desenterrar su cuerpo. Un cuerpo que, por su juventud, exige gozar de la vida.

»Quiero que disfrute de lo que su dulzura y belleza merecen. Quiero que mi ciencia no sea vana. Toda reacción anímica individual es perfectamente distinta a la de un semejante. Todos tenemos un carácter fácilmente expresable, en síntesis, como los gigantescos astros y las maquinarias más complicadas pueden contener su comportamiento, su valor y su esfuerzo en una cuartilla. Cinco años de investigación han logrado que sea capaz de mantener un cuerpo difunto sin erosión alguna ni desperfecto en su físico gracias a unos signos que definen su alma.

»Cuando muera, que será pronto, ya que la soledad y la pérdida de mi hija me hundan moralmente, no llevaré a cabo mi método. Quiero estar muerto y bien muerto. La vida ya no me atrae.

»Extranjero de tiempo futuros: si la Ciencia ha progresado en tu siglo, sea cual sea, haz revivir a mi Greta-Li. El mapa que adjunto indica el sitio donde se halla la cápsula metálica que encierra su hermosura. Bastará, para que su cuerpo pierda la rigidez y su corazón se halle presto a latir, con que leas junto a ella, en alta voz, la fórmula que sigue. Donde veas un punto, lee «punto». Donde veas una cifra, exprésala por su nombre. Las líneas paralelas que he trazado indican mayor o menor tono de voz, o sea que la más baja indica un susurro y la más alta un grito. Las restantes son matices diversos.

»En ellos están incluidos su esencia, su vida; su poesía... Dios te lo pagará. Firmo, ya anciano, el día 15 de abril del año de Gracia de 1802, y en plenas facultades mentales. Nils Steemer. Profesor en Física y Filosofía, noruego de nacimiento y naturalizado sueco.»

Seguía al texto una firma de rúbrica barroca y elegante.

Sorbió su licor el médico antes de decir despacio, sin mirarme:

- Es interesante, y parece auténtico. No soy un reaccionario. Si admitimos diagnósticos diferentes para el carácter de cada enfermo, no podemos mostrarnos escépticos si hallamos fórmulas antiguas que superen a las más avanzadas. Este hombre, éste tal vez genio, halló un sistema capaz de definir el alma humana. Lógicamente, si el ente está compuesto de materia y psique, una serie de símbolos que consigan que la última quede permanente pese a la muerte clínica haría que el personaje concedido al mundo quedase en estado latente. Pero es una teoría un tanto utópica.

Yo escuchaba. Aquel mudo doctor de cara de estudiante místico me sorprendía por su espontaneidad. Tal vez antes no había sido comunicativo por no hallar interlocutor, por miedo a parecer pedante ante la gente sencilla cuyo único problema se definía en el recuerdo nostálgico de travesías o juergas antiguas, o en la comparación del carácter de cada una de sus novias o mujeres.

- Es novelesco... es bonito... - concluyó -. Pero no es científicamente ortodoxo.

- Tenemos cantidades enormes de ecuaciones aparentemente heterodoxas en la historia del progreso científico - ofrecí un cigarrillo -, y no por ello ha dejado usted de estudiarlas para conseguir su tesis doctoral.

- Lo admito - dijo el sueco.

Se hizo una pausa durante la cual sólo se oía el leve resoplido de nuestros labios expulsando humo. Yo hablé el primero.

- ¿Tiene usted medios para curar una pulmonía a bordo?

- ¡Desde luego! Pero ¿no pretenderá usted?...

- ¡Sí! - me levanté de un salto -. ¡Lo pretendo! ¡Quiero llegar a esa tumba, extraer el cuerpo de Greta-Li y hacerlo revivir sanándolo!

- Pero eso es un absurdo... un cuento de fantasmas... - levantaba una ceja enfurecida Bjorn.

Decidí cambiar de táctica, y me aventuré por los terrenos de la lógica.

- Escúcheme, doctor: ¿cuánto tiempo le ocupa su puesto en el barco?

- Prácticamente ninguno. Un raspadura... un agotamiento... alguna borrachera excesiva y, de tarde en tarde, una fractura. Labor de enfermero, de practicante...

- Bien: rutina y aburrimiento para una persona de altas miras como usted es. Voy a decirle lo siguiente: mañana al amanecer iré a la isla en mi bote: pero no a recoger «potangs». Iré en busca de la cápsula que contiene a Greta-Li... - una fuerza ignota me arrastraba, me obligaba a realizar el experimento. Una voz interna me lo suplicaba, dulce y severa a un tiempo.

El sueco dudaba.

- ¿Es usted imprescindible a bordo?

- Voy a serle franco - repuso -: no.

- ¿Viene?

- Está bien - transigió tras una pausa -. Pero no se lleve una desilusión si no hallamos más que un esqueleto o un montón de cenizas - se levantó, dando por terminada la entrevista y cogiendo su cartera -. Mañana al alba estaré listo. A las seis de la madrugada le espero a proa.

Salió. Yo requerí la botella y brindé con el líquido infernal a la salud de mi futura novia: mi ánfora perfecta.

Svensky entraba entonces. Iba tétrico como un catafalco.

Me preguntó:

- ¿El señor está contento conmigo?

- Naturalmente, Svensky. Me sirves más de lo que debieras. Te pasas en tu eficacia. ¿Por qué me lo preguntas?

- ¿No ha notado el señor ningún fallo en mi servidumbre? - la tristeza de mi criado me intrigaba.

- No, hombre. Es más: tenía pensado aumentarte el sueldo.

- Gracias, señor - y fuese, mohíno, escurridizo como una sombra. Casi se cruzó con el capitán Baarn, que venía a saludarme. Se quedó de una pieza cuando llené dos copas y le dije, alborozado:

- ¡Mañana, Baarn, tendré novia! ¡Tendré novia!

Su gesto no pudo ser más expresivo: se apoderó de la botella y la vació en el lavabo. Después me aconsejó, con voz suave, que durmiese bien y que me sentaría mejor acostarme sin cenar.

Así lo hice. Y soñé despierto hasta caer en una perfecta y feliz modorra. En una ataraxia pura.

Yo sabía perfectamente las causas del mutismo avergonzado de Bjorn cuando, al día siguiente, volvíamos al barco con la cápsula hallada en una cueva medio tapada por la cizaña. Era un cilindro de unos dos metros de longitud por unos ochenta centímetros de diámetro. Estaba oxidado y manchado de barro. Y pesaba lo suyo. Contenía algo: algo que pesaba más que un simple esqueleto o un montón de ceniza.

- ¿Qué demonios?... empezó a decir Baarn cuando izaron la cápsula a bordo.

Yo me llevé un dedo a los labios. El enmudeció, se encogió de hombros y siguió con sus faenas.

Cuando extrajimos el cuerpo de Greta-Li y lo colocamos sobre mi camastro, comprobé que era como yo la había soñado. Exhibía una piel tersa del color de un melocotón maduro. Miraba al techo sin ver, con sus ojos un tanto almendrados, matizados en miel purísima y transparente, que subrayaban

una frente amplia e irisada. La nariz describía una curva voluntariosa y suave a un tiempo.

Tenía el cabello rubio, ligeramente ondulado. La graciosa melena enmarcaba el óvalo perfecto de su rostro.

Bjorn, ajeno a la estética, se afanaba con sus instrumentos y sus potingues. Para él se acercaba el momento de la ciencia; para mí el del Amor.

Había acudido el capitán. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, parecía pedirme perdón por haberme llamado borracho la noche anterior. Permanecía mudo en la penumbra.

Bjorn también estaba conmovido. Tal vez su mente iba componiendo los esbozos de una futura tesis que le daría la fama gracias al insólito descubrimiento.

En la mesilla estaban ya colocadas, ordenadamente, las jeringuillas y las pequeñas botellas con antibióticos.

El doctor requirió el manuscrito. El momento solemne se acercaba. La mano del sueco no podía disimular su temblequeo cuando empezó a desgranar muy despacio, con tonos que iban desde el murmullo a la súplica desgarrada, la fórmula de la existencia de Nils Steener, el doctor del siglo pasado que quiso resucitar a su hija.

Cuando terminó la extraña letanía, ninguno de nosotros pudo reaccionar. Absortos, como si viviésemos un sueño, pudimos ver cómo el pecho de Greta-Li se alzaba y descendía. Respiraba lentamente, pero respiraba...

Bjorn reaccionó con presteza y aplicó al brazo de la revivida la primera inyección. Después diluyó en un vaso de agua unas pastillas y colocó el borde junto a los labios, que se habían entreabierto.

- ¡Mantas! ¡Tápenla con mantas! - ordenó. Y el capitán salió zumbando a buscarlas. Preparó una nueva jeringa y la aplicó al otro brazo de Greta-Li.

Minutos más tarde, cuando el rostro de la resucitado cobró color y su respiración se hizo más regular, el joven médico volvió hacia mí su rostro sudoroso y excitado y me dijo casi con alegría:

- Vivirá. Ahora hay que dejarla descansar.

Cuando salimos a cubierta, Bjorn me preguntó:

- ¿Se ha fijado usted en una cosa? Los puntos y cifras que he leído están versificados...

- En efecto - repuso -; no conozco bien su idioma, pero los sonidos riman, no caben duda. Es curioso: ciencia y poesía aunadas...

Oímos una voz a nuestra espalda, y al volvemos, vimos a Greta-Li que se había levantado y que me tendía las manos.

- Sí, es mi verso, amor mío. Es mi verso. Tu fe me ha dado la vida. Te quiero, te quiero...

El doctor sueco masculló algo y se fue. Abracé a Greta-Li, la resucitada, y todo, menos el mar enmudeció.

Creo que vi a mi criado Svensky pasar junto a nosotros y entrar en el camarote. Pero no me fijé bien: me había trasladado a otro mundo.

Cuando Greta-Li curó del todo, el capellán de a bordo accedió a casarnos, no sin cierta insistencia por nuestra parte. Todo aquello le parecía cosa del demonio.

Zarpamos felices. El puerto de partida nos aguardaba, y Baarn llevaba sus algas y su coral, Bjorn su descubrimiento y su tesis y yo mi ánfora perfecta.

Hasta, que un día, pocas horas antes de atracar...

Estábamos Greta-Li y yo apoyados en la balaustrada de proa, mirándonos. Ella me pidió en un susurro:

- ¡Bésame!

La abracé con todas mis fuerzas. Pero mi dicha se trocó en espanto cuando noté que mis labios perdían contacto, que mis manos palpaban el vacío...

Al mismo tiempo, un ruido siniestro se produjo a mis pies, como si alguien hubiese arrojado a cubierta una brazada de astillas.

Un montón de huesos humanos, coronado por una calavera, vacía junto a mis botas. Enloquecido, corrí hacia mi camarote gritando palabras incoherentes. ¡Greta-Li! ¡Mi Greta-Li! ¿Qué pesadilla era aquella? ¡Era imposible haberla perdido!

Abrí la puerta del camarote. En él hallé a Svensky, borracho como una cuba, que estaba barriendo unas pavesas.

Olía a papel quemado.

- Quise ser útil al señor, y se lo voy a confesar todo - tartamudeó el polaco - : cuando antes de salir de viaje me ordenó que quemase los papeles que había sobre la mesa del estudio, se me olvidó... Tal vez había bebido demasiado. Pero ahora los he encontrado y los he destruido, tal y como el señor quería... Svensky es fiel a sus amigos y a sus amos... Espero que el señor me perdone... Espero que al señor no vuelvan a timarle con documentos falsos...

¡El muy animal había quemado la fórmula de la existencia de Greta-Li!

Le di veintidós puñaladas, exactamente, según los peritos, con el cuchillo de caza que solía llevar en mis excursiones.

Mañana me ejecutarán. Las sombras del enrejado se alargan y el guardián respeta mis últimos momentos pisando con cuidado las baldosas de la celda.

No tiemblo. No me desespero. Greta-Li me espera.

Y, esta vez, no resucitaremos.

FIN

Libros Tauro